

Ricardo Aroca Hernández-Ros Doctor Arquitecto www.arocaarquitectos.com
C/ Rafael Calvo nº9, 28010 Madrid 914482505 estudio@arocaarquitectos.com

Título **Formas de oficio: Construcción e innovación**
Autores Ricardo Aroca
Medio Arquitectura Viva. Número 17
Fecha 1991

Formas del oficio

Construcción e innovación

Ricardo Aroca

Ricardo Aroca
—nuevo director
de la Escuela de
Arquitectura de
Madrid—
reflexiona sobre
el 'oficio' de
construir y su
relación con la
innovación
técnica.

Podemos definir la construcción como un proceso complejo que se desarrolla en un contexto de *sobreentendidos* y en el que se utilizan herramientas que tienden a adquirir vida propia.

La estructura social establece en cada época una serie de prototipos con unas características generales comúnmente aceptadas que los encuadran en un entorno técnico y económico determinado. Sin ese contexto no nos sería posible definir proyecto alguno: las innovaciones reales son siempre puntuales (es difícil que algo funcione si se cambian demasiados parámetros al mismo tiempo).

Tradicionalmente, se dibuja para explicitar las variantes de la obra en el contexto de los *sobreentendidos* generales. En el Románico y el Gótico se dibujaba muy poco: la obra era consecuencia del oficio. Fue a partir del Renacimiento cuando se empezó a dibujar más como consecuencia del intento de introducir cambios formales en lo que estaba produciendo la industria.

Pero incluso en época mucho más tardía —como en el caso de las viviendas de los «ensanches»— prácticamente no se dibujaban más que las fachadas. Resultaba innecesario dibujar el resto, pues ya se sabía cómo tenía que ser y cómo se debía construir.

En todo este proceso ha sido siempre muy importante la aceptación de las formas resultantes. Es muy difícil cambiar una forma consolidada; las innovaciones constructivas han ido asimilándose en la medida en que eran compatibles con la producción de los mismos tipos, y sólo muy lentamente se han ido aceptando las consecuencias formales derivadas del cambio de materiales.

En su búsqueda de la expresión mediante nuevos

materiales, el Movimiento Moderno —como producto de una época de activismo social que trató de reinventar el mundo— rompe con la tradición del *sobreentendido*.

Curiosamente, sin embargo, la construcción de principios de siglo estaba mucho más industrializada que la actual: gran parte de los elementos de cualquier casa —puertas, ventanas, etcétera— eran productos perfectamente estandarizados de los que sólo era preciso definir algunos aspectos formales. La construcción era, por consiguiente, más rápida; y los resultados, en lo que a la durabilidad se refiere, mejores que los de la arquitectura de los años cuarenta, cincuenta o sesenta...

Con el pretexto de introducir la modernidad industrial en la construcción se acabó con lo que podrían haber sido los cimientos de una verdadera industria. Cada edificio puede tener cualquier forma, y cada detalle puede ser inventado *ex novo* (generalmente con consecuencias trágicas para su durabilidad).

El papel del arquitecto como reformador social a la par que como vanguardia artística —un papel que dio lugar a aquella arquitectura sin oficio— ha sido sustituido por otro distinto en cuanto a las motivaciones, pero similar en cuanto a los resultados que se plasman en la construcción.

El valor publicitario que proporcionan unas innovaciones formales que no tienen más objeto que el mantener una cota suficiente de novedad reconocible —sólo por motivaciones de mercado— ha llevado a la industria a una situación según la cual se hace perfectamente posible la frase: «dibuje lo que quiera, que nosotros podemos construirlo.» Hoy, al cabo de los años, esta frase sigue despidiendo cierto tufo para quienes fuimos formados en la creencia errónea de que la combinación adecuada de todos los ingredientes produciría un resultado formal que, además de ser bello, contribuiría al progreso.

Sólo la reconstrucción de un consenso con respecto al estado de la cuestión, a lo que razonablemente puede producir la industria de la construcción, permitiría que ésta existiera verdaderamente, en lugar de esas 'empresas constructoras' de hoy que producen casas definidas de antemano, impidiendo con ello el uso o el desarrollo de técnicas propias, pues aun cuando las tuvieran tampoco podrían aplicarlas.

Si el arquitecto no presta más atención al *oficio* y al profundo conocimiento que requiere la innovación, acabará quedando segregado del proceso constructivo para pasar a formar parte del sector de las relaciones públicas, algo que, mucho me temo, ya está sucediendo.

Eladio Dieste, iglesia
parroquial de Atlántida,
Uruguay, 1958.

